

# ¡Me comería un niño!

Sylviane Donnio • Dorothee de Monfreid

al sol  
solito





Todas las mañanas, Mamá Cocodrilo le lleva  
a su hijo Aquiles hermosos plátanos para desayunar.  
Y cada mañana le dice maravillada:  
—¡Cómo estás creciendo, qué guapo eres y qué dientes  
tan preciosos tienes!



«Es verdad», piensa Aquiles.



Pero una mañana, Aquiles no quiere comer nada.

Mamá Cocodrilo se preocupa y le pregunta:

-¿Seguro que no quieres comer nada? ¿No te apetece un delicioso plátano?

-No, gracias, mamá -contesta Aquiles-.

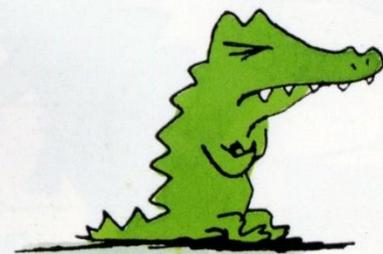
Hoy preferiría comerme un niño.

-¡Qué disparate, Aquiles! -exclama asombrada Mamá Cocodrilo-.

¡En las plataneras crecen plátanos, no niños!



-Sí, ya lo sé, pero yo lo que quiero es comerme un niño.



Papá Cocodrilo interviene. Se va hasta el pueblo y le trae a su hijo una salchicha del tamaño de un camión.

–No, gracias, papá –le agradece Aquiles–.

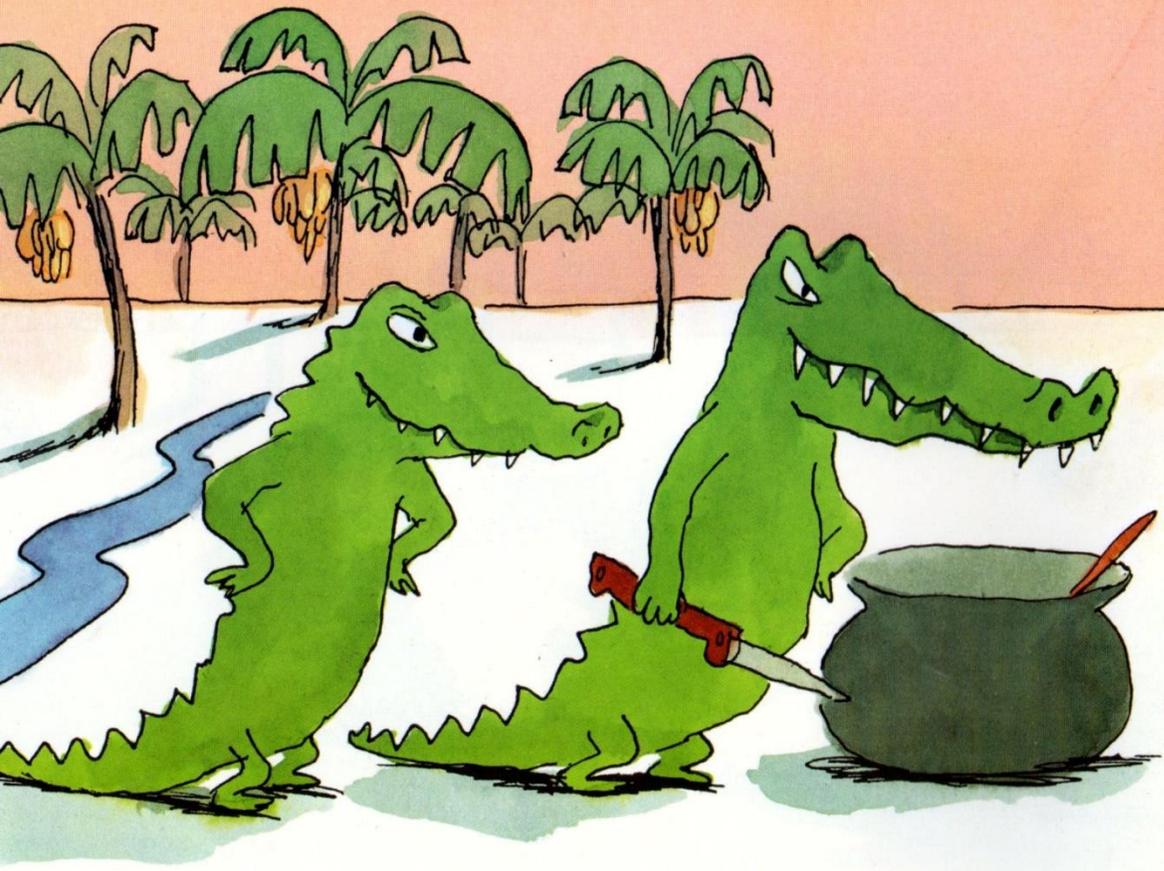
Yo hoy lo que quiero es comerme un niño.

–¡Pero, Aquiles, no hacen salchichas de niño! ¡Eso no existe!

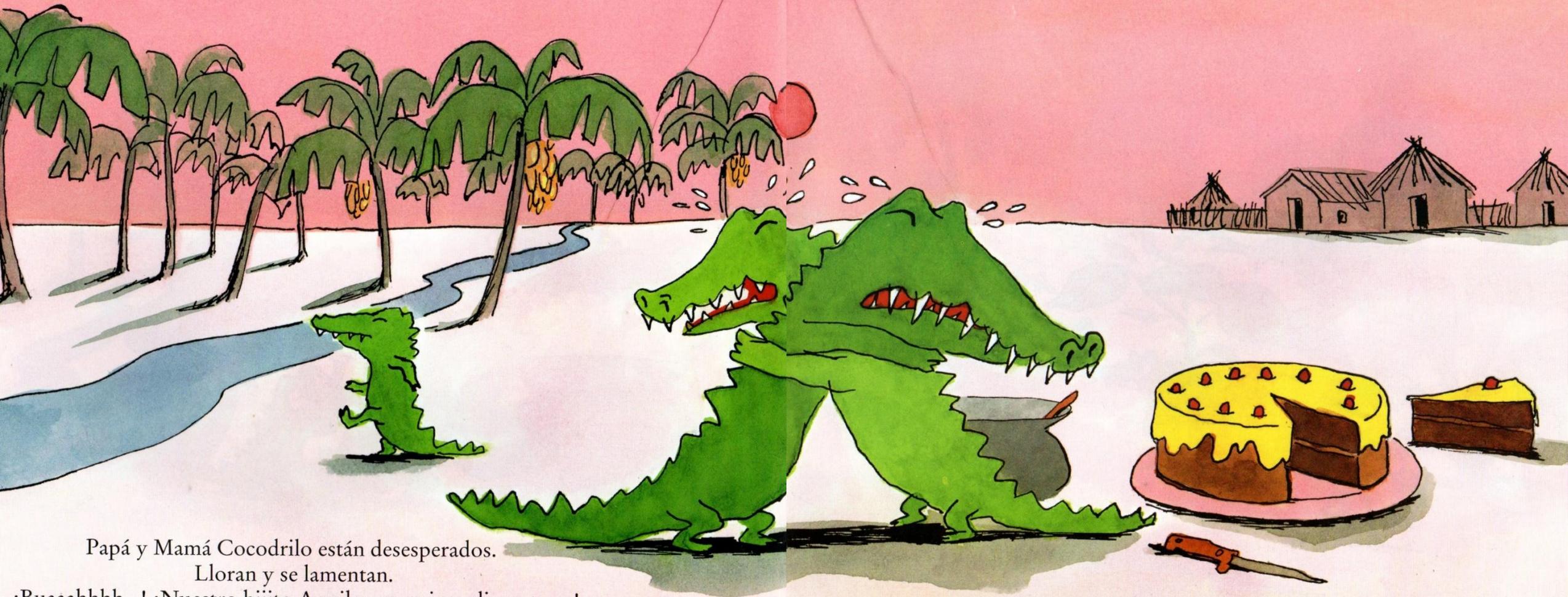
–¡Y a mí qué me cuentas! –se enfada Aquiles–.  
¡Yo lo que quiero es comerme un niño!



Afortunadamente Papá y Mamá Cocodrilo son muy astutos.  
«Nuestro Aquiles es un goloso», se dicen.  
«Le prepararemos una enorme tarta de chocolate  
y se olvidará por completo de ese capricho absurdo».



La tarta es fantástica.  
-¡Uaaauuhhh...! -exclama Aquiles; pero después suspira  
y lo piensa mejor-. No, la verdad es que yo hoy  
lo que quiero es comerme un niño.



Papá y Mamá Cocodrilo están desesperados.

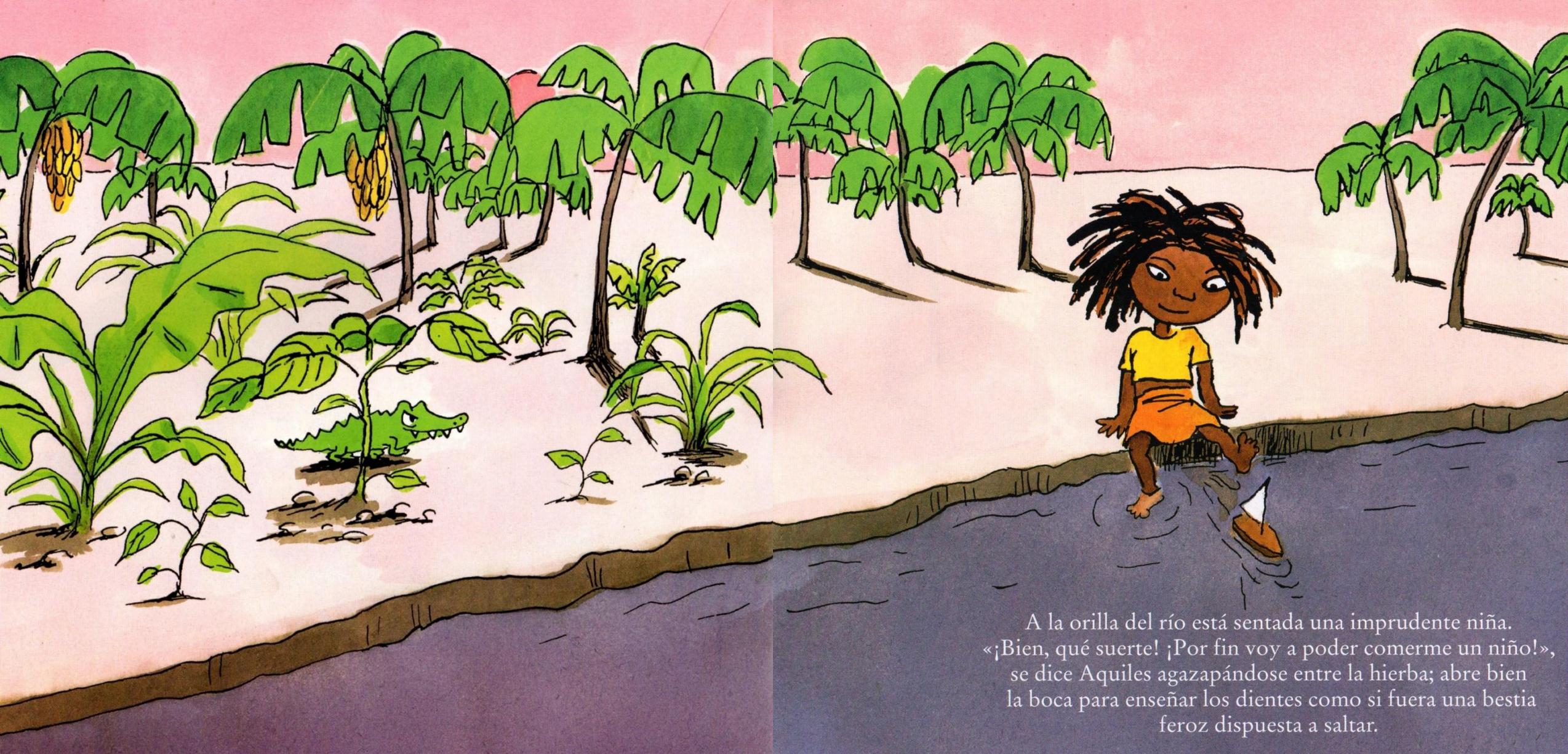
Lloran y se lamentan.

—¡Buaahhhh...! ¡Nuestro hijito Aquiles no quiere alimentarse!

Aquiles se hace el valiente aunque se siente débil,

que es lo que a uno le pasa cuando no ha comido nada.

«Un buen baño me sentará bien», piensa. Y baja hasta el río.



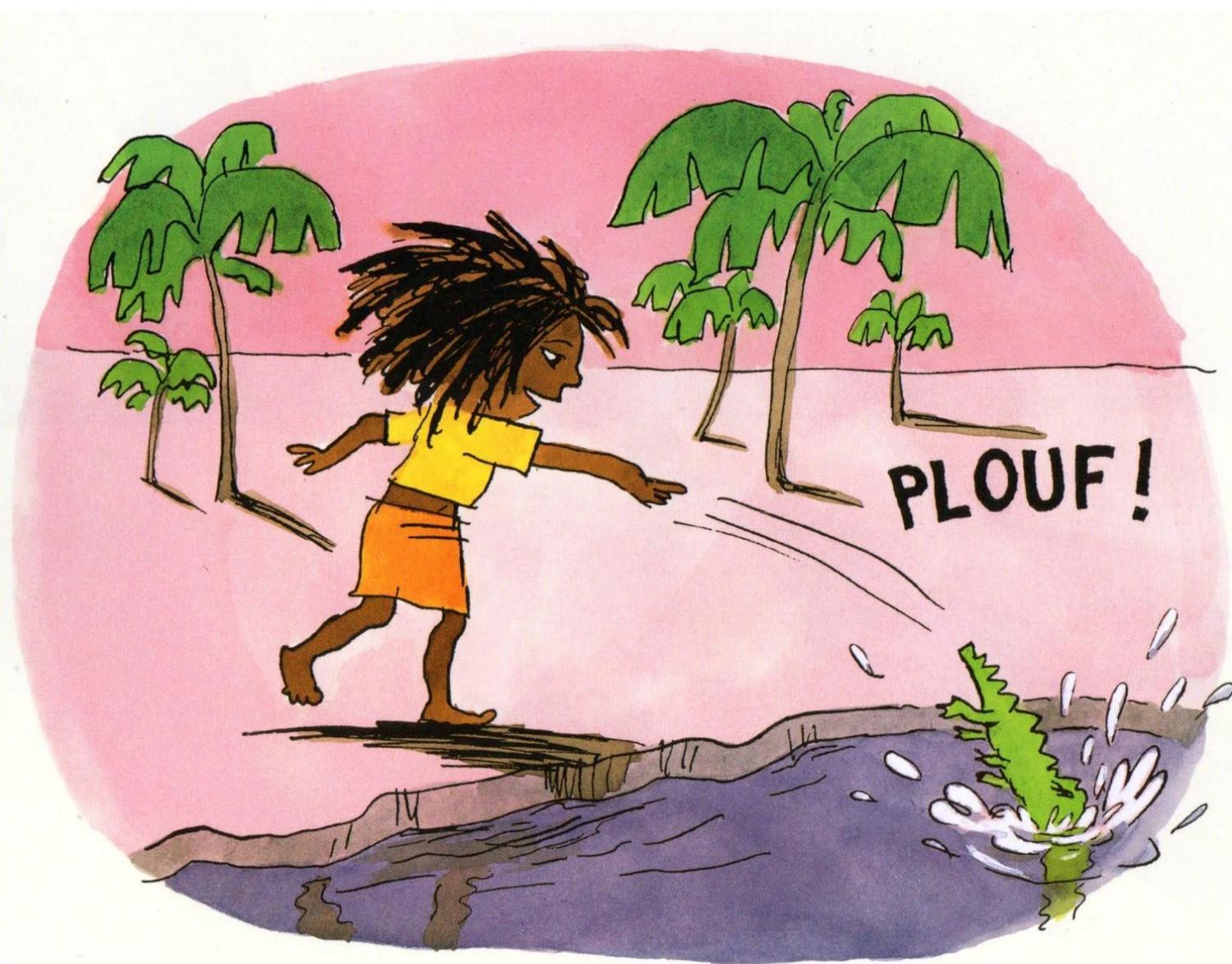
A la orilla del río está sentada una imprudente niña.  
«¡Bien, qué suerte! ¡Por fin voy a poder comerme un niño!»,  
se dice Aquiles agazapándose entre la hierba; abre bien  
la boca para enseñar los dientes como si fuera una bestia  
feroz dispuesta a saltar.



–¡Mira lo que tenemos aquí! –exclama la niña–. ¡Un cocodrilito!  
¡Qué mono es! ¡Seguro que no ha comido nada, porque está muy flacucho!



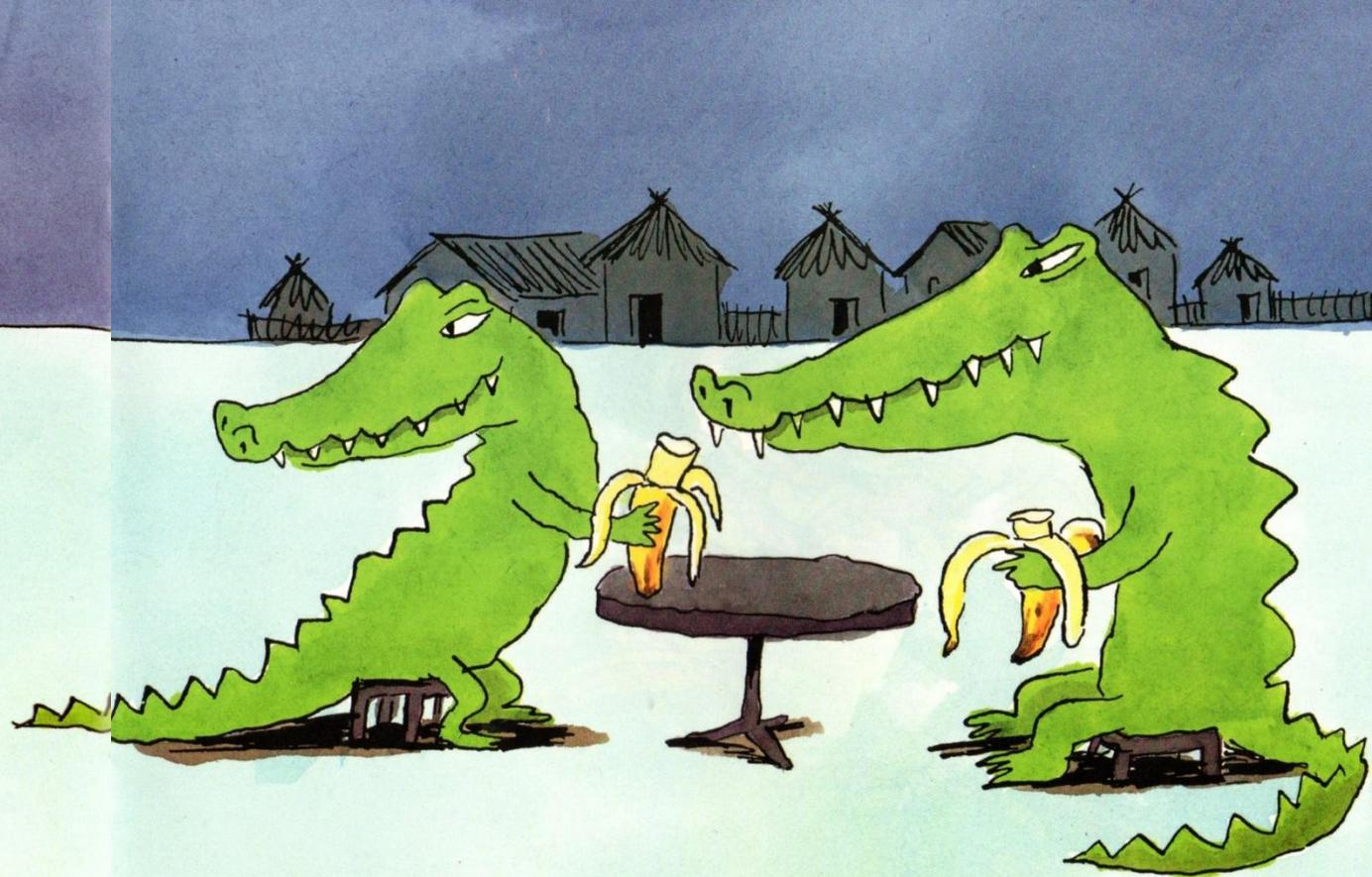
Le agarra por la cola y le hace cosquillas en la tripa canturreando:  
«Flaco flaquín, flaco flaquín...»



Luego, cuando se cansa del juego, lo tira al río.



«¡Vaya chasco!», piensa Aquiles.  
Y como está verdaderamente muerto de hambre,  
corre hacia sus padres gritando:  
-¡Papá, Mamá! ¡Plátanos, por favor, deprisa!  
¡Tengo que crecer y hacerme grande pronto!





¡Para poder comerme un niño!

**FIN**